

"ARIEL", LIBRO PORTEÑO

A Javier Fernández

Cualquier practicante de la crítica o la historia literarias sabe que no hay investigación más expuesta a graves desenfoces que la de las "fuentes" de una obra. Múltiples son los declives hacia el error y no cabe aquí, naturalmente, su recapitulación. Sólo nos importará uno, por cuanto atañe tanto a Rodó y a su texto más divulgado y a lo que como orígenes de sus temas y sus ideas se da por establecido. El yerro metodológico —y es el caso de Clemente Pereda y su meritorio estudio⁽¹⁾— en que en esa o similares circunstancias puede incurrirse consiste en orientar (y limitar) el rastreo de los antecedentes a las que un correcto enfoque permite calificar como sus versiones formal, estrictamente originales. Existe, sin embargo, determinado tipo de libros, y el "Ariel" pertenece por cierto a ellos, sobre el que esas influencias, relativamente más distantes y ostensiblemente más ilustres, pueden haber ejercido un impacto harto más débil que otras. Que otras o, en puridad, las mismas, aunque inducidas por el propio ambiente cultural en el que la obra aparece, sometidas a su refracción. Aun convertidas —con toda la fuerza y la debilidad implicadas en ello— en tópicos.

Que esto es lo que ocurrió en el caso del famoso discurso de 1900 y que en aspectos y direcciones básicas de él Rodó retomó las vigencias y hasta los lugares comu-

nes de un ámbito intelectual que era el porteño no representa un mero tributo de cortesía internacional. Creemos, por el contrario, que su verificación es capaz de iluminar poderosamente no sólo el modo de composición del texto sino el mismo estilo intelectual, la andadura pensante de un autor más rutinariamente encomiado que efectivamente estudiado.

Publicado fue "Ariel" a tres décadas del trance en que, cerrado el duro intermedio de la guerra del Paraguay, se desglosó suficientemente el curso histórico de los países cuya accidentada carrera se había cumplido hasta entonces en literal identificación. Subsistía, sin embargo, vigorosamente hacia 1900 (como subsistirá hasta hoy) una comunidad intelectual rioplatense. Ciertamente es que, desniveladas definitivamente la respectiva entidad de las dos capitales, se había cerrado ya, desde el lado porteño, la serie de importantes presencias: Varela, Ascasubi, Mitre, Alberdi, López, Calvo, Hernández y tantos otros que habían encontrado refugio y tribuna en la prensa o la cátedra montevideanas. Pero los remezones de las guerras civiles uruguayas y del período militarista habían activado una corriente inversa que encontró motivaciones económicas cuando las políticas dejaron de pesar. Pues si entre 1880 y 1900, por ejemplo, Eduardo Acevedo Díaz y Zorrilla de San Martín realizarían en la orilla trasplatina sus obras más considerables, ya asomaba hacia el recodo del siglo, con nuestra "Great Generation", una promoción creadora en la que tres de sus figuras mayores, Sánchez, Quiroga y Viana (sobre todo los dos primeros) pueden inscribirse de pleno derecho en la literatura argentina.

Que existía esta comunidad, en suma, es cierto pero cierto también que Rodó podía haber sido ajeno, o reticente o indiferente a lo que era al fin y al cabo un dato socio-cultural del país de fin de siglo. Una generación en ascenso como la que él, nacido en 1871, integraba, estaba en situación de pretender hurtarse a una participación que primaba a hombres que ya pertenecían a la historia rioplatense, como Sarmiento, o carreras culminadas como eran las de buena parte de las figuras del 80. El prestigio y la autoridad intelectual de que aquéllos o éstas disfrutaban pudieron llanamente, y es la lógica del enfrentamiento generacional, pretenderlas para ellos.

Adelantemos, empero, que si el grado de ruptura promocional con los equipos dirigentes de ambos lados del Plata en las generaciones argentina y uruguaya de principios de siglo es tema abierto a la polémica, la actitud particular de Rodó no lo está. Crecido en un ambiente familiar e intelectual de devoción a las grandes figuras de la tradición liberal rioplatense, su propio y reflexivo culto de la continuidad social, su historicismo integrador, su congenial postura de "respeto" y "amplitud" hacia todo lo que portara un valor no conoció excepciones si es que se deslinda bien en este caso el lote al que esa postura beneficiaría y su triple condición de letrado, urbano y doctrinariamente liberal. De más está decir, entonces, que esa adhesión imperturbable comprendía a los representantes de las dos generaciones que por estas latitudes protagonizaron la empresa de modelar ambas sociedades según las pautas de la modernización europea. En el Uruguay, la de la Guerra Grande y la del Ateneo se confundían en porción considerable con el procerato civil del partido —Colorado— al cual, pese a todas las desilusiones de la acción política, permaneció fiel, en tanto al otro lado del río la de los Proscritos y la del 80 representaban las dos constelaciones coetáneas y correspondientes. Si ahora no importa su juicio sobre sus compatriotas, es preciso, en cambio, señalar que los artículos de la "Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales" (1895-1897) y los posteriores de "El Mirador de Próspero" (1913) documentan el auténtico fervor, la penetración simpática y aun la benevolencia sin pausa para los aspectos más difícilmente encomiables que Rodó virtió sobre las figuras argentinas que cruzan, por ejemplo, el friso nutrido de su "Juan María Gutiérrez y su época" y otros estudios complementarios. Pero también su labor juvenil de crítico literario testimonia tanto su interés como su competencia en la actualidad literaria argentina de la última década del XIX⁽²⁾. Y aún podría sostenerse: a ese ambiente espiritual, marcado por una generación, la del 80, que tantos contactos (pese a considerables diferencias) tuvo con la nuestra del Ateneo⁽³⁾, perteneció Rodó por incoercibles y no siempre explícitas afinidades más que a ningún otro de su país o de país extranjero. Como el ejercicio crítico no es prueba bastante, quede esto por ahora en la mera aserción.

Postuladas así las identidades ochentistas de Rodó se encuadra entonces adecuadamente la afirmación de que si los orígenes argentinos de algunos desarrollos de "Ariel" han sido ya señalados, es aún más grande la importancia de esa contribución a la misma base argumental del discurso. Porque el alegato uruguayo de 1900 no es, si se le mira bien, la denuncia de la acción estadounidense, la amonestación de los excesos del especialismo o el repertorio de cautelas ante las consecuencias posibles de una democracia de masas en que se ha tendido a desarticlarlo y simplificarlo. Todos estos puntos, y otros, son apenas corolarios tácticos de un alegato que tiene (aunque no siempre muy visible) otro centro. Ese centro es la férvida defensa de la vida espiritual o, más estrictamente, de determinada concepción de la cultura y de su "praxis", es decir, tal como debía encarnarse en un lote de hombres y en un ideal de vida. Es en ella que encuentran su quicio tantos términos que campean en la obra de Rodó y en la de otros tantos contemporáneos: *el cultivo de lo bello*, *la elevación del espíritu*, *el amor inteligente*, *el sentimiento de lo hermoso*, las excelencias de la *gracia* y la *delicadeza*, la *aristocracia del talento* y, sobre todo, el énfasis en la superioridad del *desinterés*. Tenía, en especial, la función de un manifiesto la adhesión a este concepto, tan ambiguo en su estricta acepción, pues si el antónimo riguroso del "interés", que es voluntad inducida, no resulta otro que la "indiferencia", no era esto lo que se quería prohiar sino una especie de "meta-interés", un interés que iba más allá de lo inmediato y material y no importaba, por ello, actitudes o comportamientos de tipo posesivo.

Lo que toda esta concepción de la vida espiritual creadora o perceptiva puede tener (y efectivamente tenía) de invertebrada, esteticista o gratuita no es punto a dilucidar aquí y ahora. Importa, en cambio, marcar que su asunción por un grupo de hombres que la vivieran y la impusieran como valor social superior representaba ese elemento vertebrador de esa "personalidad nacional" con perfil, con continuidad, con memoria, que las élites latinoamericanas de la segunda mitad del siglo pasado se afanaban en

promover. Suprema les resultaba esta meta del "desarrollo invisible" aun dentro de la actitud de acogimiento casi irrestricto a los factores de modernización que era postura aún más básica de su estratificación ideológica. Si la síntesis de componentes europeos que cada una de estas personalidades colectivas había de comportar les imponía (creían) una vigilante conducta de discriminación entre lo que debía auspiciarse y lo que debía rechazarse, ningún valor más importante que aquel lote de excelencias se daba entre lo admisible. Nada más urgente que reaccionar contra los procesos que, ya inducidos desde Europa, ya dinámicamente locales, los jaqueaban. Aquí encuentra su sitio el caudaloso ataque —que es hilo de "Ariel"— a los comportamientos economistas y utilitarios que se generalizaban, aquí el anatema del *oro*, del *interés*, el *egoísmo* y la *fuerza*, la imprecación al *ambiente fenicio*, aquí el encogimiento pesimista ante el fragor de la *era cartaginesa* ⁽⁴⁾. En cuanto este nuevo tono de la existencia social enquistada en móviles economistas vastamente difundidos se identificaba con los sectores inmigratorios últimamente incorporados al medio, las consecuencias concurrentes de la variable demográfica y la variable psicosocial eran visualizadas muy negativamente. Sólo se las veía en su implícita función desnacionalizadora, en su abierta entidad de amenaza a aquel "perfil" a retocar y a defender. Pero también en cuanto tendía a imponer pautas comunes de valoración y de conducta en el ámbito societario global, se destacó su eficiente, amenazadora acción de nivelación y rasero social. En todo lo que pretería aquellos pregonados valores superiores se la identificó sin más con la "incultura", aún haciendo gravemente responsable, por su sentido de justificación doctrinal, a una muy vulgarizada versión del positivismo filosófico. Pero todavía, y con esto se redondea la posición, en cuanto el nuevo clima se articulaba en reclamos impacientes de participación política y social, se la enfrentó decididamente a nivel político. Había que contrarrestar —que no ni no— los potenciales excesos de la *pasión plebeya* y la imposición mayoritaria que el dinamismo democrático comportaba.

III

No es la presente, ocasión para señalar cuales fueron las razones para que este sistema de convicciones, tan generalizado entre las dirigencias culturales de Occidente haya incidido tan hondamente como en las naciones céntricas en las extraeuropeas y periféricas o —como entonces se decía— en nuestras "sociedades embrionarias". Tal vez fue el contexto que representaban naciones sin tradición orgánica, con resistencias estamentales mucho más débiles, con un entramado institucional mucho más laxo que las viejas, el que le dio al proceso que se ha esquematizado la fuerza conformadora de que, en otras condiciones, hubiera carecido. Tal vez fue el optimismo, iluminista o romántico, de las promociones fundadoras el que intensificó el sentido de un contraste desalentador entre los prospectos y los resultados.

Lo precedente no quiere decir que en todas las personalidades culturalmente articuladas del Uruguay y la Argentina de las dos últimas décadas del siglo se pueda rastrear un reflejo de tal estado de espíritu o que tal estado de espíritu se haya implantado en los que lo asumían con todos los elementos y consecuencias que implicaba. Si a los años de declinación de la Generación de los Proscriptos, por ejemplo, se atiende, sólo se verá asomar en la etapa final del Sarmiento periodista la aprensión de que la marea inmigratoria, en tanto dinamizada por metas de mero lucro individual, pusiera en peligro el proceso de educación política tan trabajosamente iniciado y tendiera a imponer comportamientos desentendidos de todo interés en la vida pública y de todo apego a la libertad. En el Alberdi de los "Pensamientos póstumos" se pueden ver, en cambio, asomar casi todos los ingredientes de la denuncia ariélica ⁽⁵⁾. Mucho más intenso, todavía, y mucho más unánime, fue el enfrentamiento a los fenómenos de la "era aluvial" ⁽⁶⁾ en los hombres de Ochenta, apenas llegaron éstos a esa madurez desencantada que fue en casi todos tan temprana. Si el origen y la cultura de Groussac no le dan aquí calidad de típico, la tiene en cambio la reiterativa protesta que campea en las oraciones rectorales de Lucio Vicente López o el explayamiento público y epistolar de un Cané, que corre desde su artículo "Positivismo" de 1876 hasta el pró-

logo a los "Nuevos Cantos", de Oyuela, pasando por su famoso discurso sobre Sarmiento, del 25 de mayo de 1900 ⁽⁷⁾. Y si Cané fue, a este nivel como en otros, la figura tal vez más conspicua de su promoción y la única de ella que mantuvo con Rodó relaciones epistolares ⁽⁸⁾, vale la pena señalar que también se acentuaron en él actitudes de rechazo a las instituciones deliberativas y representativas ⁽⁹⁾ en forma que Rodó es difícil que haya ignorado. A su invariable postura de moderación y arbitraje correspondería diluir esos o similares tonos hasta el equilibrio— por lo menos de fórmulas— de su planteo político de "Ariel".

Pese a estos traslados parciales de acento, creemos, en suma, innegable, el global efecto de suscitación que sobre Rodó ejercieron estas versiones transplatinas. Eran sí, en puridad, derivaciones de una corriente ideológica que en sus mismos prestigios europeos (Renan, Taine, Amiel, Brunetiére, etc.) se acendrabá, pero cuyas expresiones y cuyos ejemplos eran tanto menos directos y menos manejables que los que de esas versiones argentinas podían llegarle. Si prueba del aserto es exigible, hasta qué punto sus aprensiones se localizaban lo dice con transparencia el pasaje de su discurso en el que se expiden los temores por el vigor espiritual de esas ciudades que en nuestra América ostentaban ya esa grandeza material y esa suma de civilización aparente que las acercaba con acelerado paso a participar del primer rango del mundo.

IV

Como debe resultar previsible hasta para el más desentendido, no le ha sido difícil a la reducción sociológica de estas posiciones sostener su carácter elitista y frontalmente antidemocrático, la nostalgia reaccionaria por un país patricio, gobernado por una reducida minoría letrada y urbana extraída de la clase superior tradicional ⁽¹⁰⁾. La misma selección cultural y social que promovió tras de Caseros la modernización de las sociedades platenses llegó a espantarse de sus consecuencias; la ambigüedad de los logros del período de Roca o del noventa uruguayo suscitó en los viejos equipos ese síndrome de desdén, intimi-

dación y desanimo. Es factible, en verdad, contemplar esa contradicción bajo variadas luces: liberalismo aristocrático contra empuje democrático, patriarcalismo precapitalista contra capitalismo, clase alta contra clase media, "espiritualismo" contra "positivismo" o sociedad tradicional contra sociedad moderna, en la acepción que le da la sociología a ambos términos. Es dable, incluso, otear en él un implícito antagonismo de orden burgués y proyecto socialista si se tiene en cuenta que etiología asumió el porvenir democrático en planteo de tan duradero prestigio —y tan intenso en esos años—⁽¹¹⁾, como "La Democracia en América", de Tocqueville. Si en las premoniciones de una sociedad gobernada por la "tiranía benigna" de las mayorías, marcada por la uniformidad, la mediocridad, el conformismo, la primacía de los móviles materiales y la pasión del bienestar se veía la lógica inmanente de la democracia, o un "socialismo" mal conocido en sus fundamentos más autorizados, o la dialéctica que llevaba de uno al otro, es cosa que no puede determinarse sin variantes para todos aquellos que encogían su ánimo ante ese despliegue. Hoy es factible advertir, pero entonces no lo era, que el profeta de 1832 avizoraba más certeramente un tipo de sociedad —"de masas", o "industrial"— que las diversificaciones que en ese tipo pudieran producir una estructura dada de relaciones de producción o un modo particular de presencia política para contingentes humanos altamente movilizados y enormemente acrecidos. También es dable advertir, agreguemos, cuanto había de rechazo a las consecuencias sociales, políticas y culturales del capitalismo en el repudio espiritualista y nostálgico de la "Era aluvial".

Todas las ambigüedades, obvio es decirlo, que estas posiciones comportan, afectan también al famoso "mensaje" de Rodó. También él está implicado en las discordias entre el lenguaje de las fórmulas y las experiencias auténticas que recubren, en el seguro desajuste de las intenciones y las consecuencias, en la equívocidad que adquiere cualquier idea política o social cuando pasa el océano y se inscribe en un medio distinto a aquél en que se originó. Si algún efecto seguro tiene todo ello es incrementar el interés de un texto en el que resuenan tantos conflictos y se intrincan tantas y tan divergentes direcciones.

V

Si se reconoce hasta qué punto este cuadro de la realidad socio-cultural vertebró la estructura conceptual del discurso de Rodó se hace posible medir hasta qué grado el extenso y famoso pasaje que "Ariel" dedica a los Estados Unidos se funcionaliza a él. Es en condición de síntesis nacional de lo que cabría llamar el polo dialéctico de la negatividad que Rodó trajo a colación el caso norteamericano, no sin circuirlo de esa franja de aceptaciones y elogios, de uno de esos balances de excelencias y defectos a los que era nativamente tan proclive.

Pero en ese núcleo temático, igualmente —y no somos los primeros en sostenerlo— la aportación doctrinal argentina aparece como fundamental.

Aunque no la consideremos tal (y la observación vaya sólo a título de preliminar) es seguro que Rodó conocía tan bien como cualquier otro lector culto de "La Nación" la magnitud considerable que el sector dedicado al comentario de la vida norteamericana asume en la colaboración de José Martí en ese diario, entre 1882 y su muerte. Fuera de duda nos parece, por ejemplo, que la nota social y económica de aquel pasaje, el subrayado de la realidad *plutocrática* que incrementaba su ritmo de presencia le debe más a las notas del cubano posteriores a la Conferencia Panamericana de 1889 que a los planteos específicamente argentinos.

Mucho más directa, visible, literal aparece, con todo, ante una mirada de lector advertido, la influencia de dos textos de Paul Groussac. La de "Del Plata al Niágara" es evidente, aun aceptando la reserva del erudito Juan Carlos Gómez Haedo, que tuvo el mérito de señalarla por primera vez y observar la distancia entre el tono cáustico e incisivo de la visión groussaquiana de los Estados Unidos y la invariable medida que a Rodó, en este punto como en otros, le hacía preferir modales más emolientes⁽¹²⁾. Al margen de estos desplazamientos de tono, de estos cambios de impostación, en los que Rodó, como ya se decía, era maestro, no hay en realidad una sola clave del desarrollo ariético (y su misma indole indirecta, literaria, ayuda a explicarlo) que no se halle en el libro de Groussac. Esto no sólo reza con los conceptos que estructuran el dic-

tamen: vulgaridad, utilitarismo, indefinición cosmopolita, religiosidad, energía social creadora y tantos otros. También pasaron de uno al otro texto, y sin disfraz alguno, los mismos ejemplos y los mismos símbolos: el Oeste y Chicago, modelos de vitalidad bárbara, la *generación de Emerson y de Channing*, tradición remanente de una cultura orgánica que aún se defendía en Boston y Filadelfia, las obras de Emerson y Poe como excepciones aisladas, la representatividad de "El Salmo de la Vida", la hermosura calibanesca que, pese a todo, emanaba del conjunto. La noción de una *civilización incompleta*, privada de una educación *verdaderamente superior*, de un *sistema de valores sociales en los que lo estético no tenía cabida*, articulan con la misma energía la visión directa del franco-argentino y la composición montevideana ⁽¹³⁾. Sólo en pureza el inegable racismo que se explayaba en el texto de Groussac fue dejado de lado por Rodó. El racismo como pasión belicosa le era totalmente ajeno pero también lo descartaban las necesidades de un discurso argumental que apuntaba a otros fines y enfrentaba otras realidades.

Un año más tarde, ya en plena guerra hispano-norteamericana de 1898, los núcleos de apoyo a España en Buenos Aires organizaron un mitin en el Teatro de la Victoria. Los discursos de Roque Sáenz Peña, el Dr. Tarnasi y Groussac causaron profunda impresión y ocuparon con sus transcripciones más de una columna de los diarios de Buenos Aires y Montevideo ⁽¹⁴⁾. El de Groussac, en especial ha sido recordado por gentes que eran entonces más jóvenes, como un verdadero acontecimiento generacional ⁽¹⁵⁾. En verdad, para quien conociera, o conozca hoy, el libro que lo precedió, poco agregaba Groussac a las morosas reflexiones de sus días de viaje. Pero esas ideas fundamentales adoptaron en el discurso una trabazón, una intensidad beligerante que en el libro no poseían. También, y ello es lo que lo hace importante a este examen, si se reiteraba en él el valor simbólico de la dinámica del Oeste, el adjetivo *calibanesco* o el acatamiento al prestigio cultural de las viejas ciudades del Este, se sumaban dos nuevos elementos —breves pero importantes— que igualmente pasaron al "Ariel". Tales son el subrayado de la índole representativa de la persona y la obra de Franklin y, sobre todo, la sátira de la aspiración estadounidense,

se, ya marcada, a reemplazar a Europa en el liderazgo del mundo ⁽¹⁶⁾.

Europa, imperturbablemente, seguía siendo el punto de referencia. Permanecía como el paradigma inmutable de todo lo excelente que había que integrar en una labor de discriminación de aportes cuya verificación de la parte ya realizada: tal ingrediente inglés, tal francés, tal alemán, tal italiano, tal español (la lista se cerraba aquí) se registraba tantas veces con timbre de orgullo en la oratoria cívica de esos años ⁽¹⁷⁾.

Lugares comunes eran, en verdad, y esto en el más robusto, contundente sentido de auténticas vigencias culturales que se reiteraban ya en otros textos prestigiosos y de especial prestigio para quien incubaba por aquellos días el mensaje de 1900. La oración rectoral de Lucio Vicente López pronunciada el 24 de mayo de 1890 ya había unido dos cabos que Rodó volvería a atar. Uno es el anatema de lo vulgar y lo plebeyo realizado en un tono que para nosotros resulta divertidamente remilgado y hasta aseñorado. El otro, percucía sobre el ejemplo intimidatorio de aquella sociedad del norte en la que no parecían obrar otras líneas de resistencia que esa Boston y esa Filadelfia que López llamaba "palladium de la aristocracia washingtoniana" ⁽¹⁸⁾, o de la "tradición washingtoniana", como Rodó, con leve variante, diría una década más tarde.

Coetáneo de los planteos de Groussac se nos aparece el artículo —también muy sonado— que Rubén Darío publicara en "El Tiempo", el diario de Carlos Vega Belgrano. Todo lo ya consabido traía "El triunfo de Calibán", incluso el ya manido ejemplo de un Edgar Allan Poe, víctima y excepción ⁽¹⁹⁾.

Densa era así la corriente de precedentes que Rodó debe haber conocido en la mayoría de los casos y aprovechó sin demasiado rebozo, como lo prueba la misma literalidad de muchas de sus inserciones. Pero incluso este interesante momento del tema de "los Estados Unidos vistos por los escritores hispanoamericanos" ⁽²⁰⁾ no se cierra con estas menciones, puesto que aún debe colacionarse a él las obras de Martín García Merou —en especial sus "Estudios americanos", de 1894—, el libro en que Vicente G. Quesada, escondiendo su condición diplomática tras el seudónimo, examinó el problema de las relaciones in-

tercontinentales ⁽²¹⁾ o el desarrollo de la cuestión de los "Peligros americanos" que tentó el cordobés Antonio Rodríguez del Busto en 1899 y que no agota, seguramente, toda la lista posible.

A quien siga la larga historia de confrontaciones que ha recreado hasta 1914 el excelente texto de Mc Gann ⁽²²⁾ no puede llamarle la atención esta relativa densidad de una literatura que las flanquea y trató de esclarecer, en función argentina y latinoamericana, toda la proyección de los fenómenos de poder.

Pero si se otea, por otra parte, el rol que estos materiales aspiraron a cumplir en la afirmación de una personalidad nacional frente a la influencia que ya hacia aquella época parecía incontrastable, adquiere nuevo sentido el título que para esta recuento elegimos. Si toda obra cabal de cultura articula el querer y la visión de una colectividad más que la de su mero hacedor individual (el viejo tópico romántico que remozó con cierto exceso Goldsman), "Ariel", texto montevideano, uruguayo, rioplatense, latinoamericano es —también, de acuerdo a las realidades más tangibles del poder— argentino y porteño. "Ariel" expide una voluntad de resistencia que sólo en el país vecino, en el costado trasplatino de la sociedad rioplatense, tenía entonces su auténtica sede y es por tal razón que como portavoz de ella no puede evitarse de verlo.

Y si desplazamos aún la atención del "telos" objetivo de la obra al dinamismo de su composición, paga la pena señalar lo mucho que promovía la índole misma del texto ariélico esta labor de yuxtaposición, de taracea de elementos ajenos, esta técnica verdaderamente virgiliana. En un discurso que hubiera sido proceso de un pensamiento, movimiento de una inteligencia centrada sobre sus propios pasos no habría resultado aquella taracea lo fácil que resultó en páginas de naturaleza tan exhortativa y demostrativa como son las del "Ariel", con su sustancia de ser una estructura de conclusiones, un vistoso repensamiento de ideas ya pensadas y mediatizadas a una prueba que podía recurrir (y aún necesitaba hacerlo) a toda clase de prestigios, alusiones, citas y símbolos. En este plano, si Tocqueville, o el "Outremer" de Bourget por más lejanos y de mayor nombradía universal representaban (por ejemplo en el caso de los Estados Unidos), las fuentes más apa-

rentes, el material argentino, de menor prestigio por su mayor divulgación, es lógico que apareciera sin el subrayado de su autoridad, sin ese leve empinamiento de voz que en Rodó antecedió a todas sus citas importantes.

VI

Una primicia —"El sentimiento de lo hermoso"— del libro que saldría antes de un mes, apareció en las columnas de "La Nación" del 1° de enero de 1900 (pág. 6). Fue así en aquella circunstancia, vivida entre la difusa, mesiánica espera del siglo que nacía y el acercarse de sus treinta años, a cumplirse cinco días más tarde, que el diario de Mitre presentó al público argentino y uruguayo el único adelanto de "Ariel" que conocemos. Siete años después, "La Nación" incorporaría a quien ya oficiaba de "maestro de la juventud americana" al extenso núcleo de sus corresponsales extranjeros y acogería un número —no sabemos por qué tan corto— de sus colaboraciones ⁽²³⁾.

Sin cadenas de distribución ni nada que se le pareciera, Rodó, como alguna vez se ha precisado, se encargó por sí mismo de la difusión de su opúsculo, tanto en su país como fuera de él. Y si se atiende a lo que ya explicamos, no es sorprendente advertir la alta proporción de dedicatorias destinadas a la Argentina dentro de esta imagen de una "constelación intelectual americana" de 1900 que compone el conjunto de sus envíos ⁽²⁴⁾.

Que el eco crítico de la obra en la Argentina haya sido pobre ⁽²⁵⁾ podría sorprender si en alguna otra parte del continente —y sobre todo el eco crítico inmediato— hubiese sido más sustancioso. Pero toda la obra de Rodó, en realidad, conscribió en proporción bastante abrumadora un enjambre de textos que son poco más que glosas desleídas, tributos cándidos de admiración o ataques mal enfocados y de poca monta. Raros fueron, en verdad, y sobre todo al principio, los juicios de auténtica consistencia (el de Henríquez Ureña, el de Leopoldo Alas, algún otro...).

Empero, aún sin el eco debido, "Ariel" contribuyó a estrechar los lazos que desde los tiempos de la "Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales" unían a Rodó

con el medio intelectual argentino. La "amistad intelectual", expedida a veces en nutridos epistolarios entre gentes que no se vieron jamás o lo hicieron rarísimamente, constituye un tipo de relación humana hoy prácticamente desaparecida. Hace dos tercios de siglo, con todo su formalismo y su deficitaria carga de intimidad representó uno de los dos instrumentos ⁽²⁶⁾ por los que, a falta de otros, comenzó a tomar cuerpo una comunidad cultural americana. Con gran destreza se movió Rodó a este nivel de vínculo humano que es la "amistad intelectual" y, en verdad, tal vez mejor que en la directa si es veraz la imagen opaca y hasta desapacible con que lo recordó Gálvez en "Amigos y maestros de mi juventud". En el caso de las relaciones argentinas de Rodó, si superficiales fueron la mayoría de ellas, (las que mantuvo con Sáenz Peña, Ingenieros o Carlos Octavio Bunge son de esa clase), más cabales serían unas pocas pero importantes.

Con reiterados gestos de estímulo y muestras de adhesión siguió el liberal-conservador que fue Rodó los primeros pasos de la larga carrera de Alfredo Palacios desde su elección de 1905 como primer diputado socialista de Latinoamérica. Explícitamente filió Ricardo Rojas en la obra uruguaya la versión nacionalista-liberal del argentinismo que se expidió desde 1908 en "La restauración nacionalista". Con Leopoldo Lugones, en fin, mantuvo Rodó una relación continua y recíprocamente admirativa: mucho los ligaba hasta 1917, como mucho los hubiera separado después ⁽²⁷⁾.

Ninguno de los tres, por suerte para ellos y para Rodó fue un "arielista" ni existió en la Argentina un "arielismo" literal, aunque en círculos estudiantiles, por lo menos hasta la reforma universitaria de 1918, "Ariel" siguiera representando una buena proclamación de propósitos iniciales ⁽²⁸⁾. Sin "arielismo", de cualquier manera, el mensaje de Rodó cumpliría la mejor función y el más feliz destino que pueda tener un texto de exhortación y conducta que ajuste tópicos de extensa área de validez a un contorno social y cultural muy preciso, a un ahora (a un entonces) incanjeable. Esa función y ese destino es la de verse y la de perderse —sin ñoñas, pías, "reactualizaciones"— en la corriente de pensamiento y preocupación a la que irremediabilmente pertenece. En el caso de "Ariel"

y de la Argentina —como en el de las relaciones del libro con cualquier otra cultura latinoamericana más distante o menos densa— esa corriente no es otra que la que encorpa una ensayística centrada en la reflexión sobre el ser y destino nacional y americano. Irreconocible casi siempre, pero presente, integrado a una tradición que es la manera en que se expide su modo de asistencia, el "polvo enuamorado" del discurso rodoniano está ahí y no debe estar en otra parte. O, diciéndolo con nombres argentinos, desde las obras de la generación de Bunge y Ugarte, a las de la de Terán, Deodoro Roca y la Reforma Universitaria; desde las de ésta a las de Mallea, Erro, Martínez Estrada y Canal Feijóo; aún desde las de los del treinta a las de los tantos que hoy viven y escriben bajo el mismo acucio.

(1) "Rodó's Main Sources", Puerto Rico, 1949.

(2) Los cuatro estudios de Rodó en "Revista Nacional" sobre "Juan María Gutiérrez", "El americanismo literario", "El Iniciador de 1838" y "Arte e historia" fueron integrados, más de quince años después en "Juan María Gutiérrez y su época". La refundición ha sido estudiada con su habitual competencia por Emir Rodríguez Monegal (en "Número", de Montevideo, N.º 21, 1952, p. 366-378). Pero Rodó escribió también en la "Revista" o "El Mirador", sobre Ricardo Gutiérrez, Soto y Calvo, Leopoldo Díaz, Guido y Spano, Payró, la "tradición intelectual argentina", etc.

(3) En punto a diferencias, mientras viajera, gobernante y más cosmopolita aparece la promoción del 80 argentino, más beligerante y local resulta la del Ateneo uruguayo que, sin embargo presenta figuras: Eugenio Garzón, Daniel Muñoz, de trayectoria y estilo vital muy próximos a los porteños.

(4) Como también se hablaba de los "intereses púnicos" hay que concluir que siempre la rival de Roma tuvo que pagar los gastos de la calificación.

(5) José F. López: "Alberdi: pensamiento de ultratumba", p. 373 (cit. por Mayer, "Alberdi y su tiempo", Buenos Aires, 1963, pág. 918).

(6) Uso la feliz creación terminológica de José Luis Romero.

(7) R. Sáenz Hayes' "Miguel Cané y su tiempo", Buenos Aires, 1955, págs. 520-521, 111, 409, et passim.

(8) Idem, págs. 476-477 y Archivo Rodó en I.N.I.A.L.

(9) Idem, pág. 431.

(10) Es el caso de Adolfo Prieto en "Literatura autobiográfica argentina" y de David Viñas en "Literatura argentina y realidad política".

(11) Pereda, op. cit., Sáenz Hayes, op. cit. pág. 528.

(12) Gómez Haedo, prólogo a "Ariel", Montevideo, 1947, págs. 336-37. (Para poner otro ejemplo de cambios de tono,

podría compararse el acento de las ideas de Renan sobre la democracia y el sesgo que les imprime Rodó.) También han opinado sobre la relación Groussac-Rodó, Alvaro A. Vasseur, en "Los maestros cantores", Madrid, 1936, págs. 117-119 y A. Zum Felde en "Índice Crítico de la literatura hispanoamericana. La ensayística", México, 1954.

(13) "Del Plata al Niágara", Buenos Aires, 1925, esp. págs. 241-242; 315-325 y 425-434. Dígase más en general que sin el énfasis políticamente regresivo y abiertamente racista de la visión de Groussac el planteo de Rodó no escapa al acento esteticista y aristocratizante que caracterizaba a otros textos canónicos del antiyankismo europeo, entre otros el celebrado "Outremer" de Paul Bourget. Tal filiación se la señalaba a Rodó en una precoz reseña de "Ariel" un olvidado crítico latinoamericano, Francisco García Cisneros. También William James se burlaba por aquellos tiempos de las críticas muy afines que dirigía a su país el autorizado Mathew Arnold, abreviando las acusaciones del inglés en que el país no era "interesting" y carecía de viejas casonas cubiertas de hiedra.

(14) "España y Estados Unidos", conferencias de los señores Dr. Roque Sáenz Peña, Paul Groussac y Dr. José Tarnassi, Buenos Aires, 1898, págs. 31-56. Recogido en "El viaje intelectual I", Madrid, 1904, págs. 97-106. Hubo transcripción en "La Razón", de Montevideo, del 6 del mismo mes y nes en "La Nación" y en "La Prensa", del día 3 de mayo de año, etc.

(15) Roberto F. Giusti: "Siglos, escuelas, autores", Buenos Aires, 1946, pág. 357.

(16) Groussac, disc. cit., págs. 50-51.

(17) Caso de los discursos de Belisario Roldán sobre "25 de Mayo" y "La nacionalidad argentina", en "Discursos", Buenos Aires, 1910, págs. 224 y 289-290.

(18) En "Discursos académicos", Buenos Aires, 1911, t. I, págs. 131-140 y transcrip. en "La Nación", del 25 de mayo de 1890, pág. 1, col. 5 y 6. Gómez Haedo, op. cit. señala también la influencia del discurso rectoral de 1893, dos veces citado en "Ariel" y Rojas, en "Los Modernos" (edic. Losada) págs. 404-405, la del discurso de graduados de 1892.

(19) "El triunfo de Calibán", en "El Tiempo", Buenos Aires, 20 de mayo de 1898, recogido en Erwin K. Mapes: "Obras de Rubén Darío", págs. 160-162. Su importancia fue destacada por Melchor Fernández Almagro en su excelente colección de ensayos "En torno al 98" (Madrid, 1948). A propósito del llevado y traído ejemplo de Poe, observaría Borges medio siglo más tarde que "Inaugurada por Baudelaire y no desdeñada por Shaw, hay la costumbre pérfida de admirar a Poe contra los Estados Unidos, de juzgar al poeta como un ángel extraviado para su mal en ese frío y ávido infierno. La verdad es que Poe hubiera padecido en cualquier país. Nadie, por lo demás, admira a Baudelaire contra Francia o a Coleridge contra Inglaterra".

(20) El estudio de José de Onís: "Estados Unidos vistos por escritores hispanoamericanos", Madrid, 1956 se cierra, justamente, poco antes de este período.

(21) Victor Gálvez: "Los Estados Unidos y la América del Sur", Buenos Aires, 1893.

(22) "Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano- 1880-1914". Buenos Aires, 1960, que destaca la significación de "Ariel" (pág. 429) y las tensiones entre la nueva generación de entonces y la del Ochenta (págs. 425-426).

(23) "Una nueva antología americana" (4/III/1907). "Im-

presiones de un drama" (8/IV/1907). "El rat-pick" (1/V/1907).

(24) En el Archivo Rodó constan en la lista de envíos con dedicatoria los realizados a Almafuerte, Cané, Estanislao de Zeballos, Lugones, Groussac, Guido y Spano, Oyuela, Ricardo Monner Sans, Francisco Soto y Calvo, José Bianco, Luis Berisso, Eduardo Talero y Eugenio Díaz Romero. En "Fuentes" (Montevideo, 1961, pág. 106) aparece el agradecimiento de Guido y Spano con fecha de 1º de febrero de 1900 (lo que adelanta la fecha presumible de aparición de la obra). En el Archivo Rodó se conserva una carta enviada desde Mercedes (Buenos Aires) en que Tomás Jofré le informa a Rodó en 1912 que en el lugar "se lee más a "Ariel" (que) a France y D'Annunzio".

(25) La nota de "El País", de Buenos Aires, de 21 de febrero de 1900 precede en un día el primer comentario montevideano de Constantino Becchi. "El Mercurio de América", de Díaz Romero, publicó en su número de marzo-abril de 1900 un artículo (bastante torpe) de Antonio Monteavaro; en su número siguiente (mayo-junio) transcribió el texto —apenas mejor— del uruguayo Pérez Petit. También publicaron en esos meses comentarios la revista "Thule" (año I, nº 2), "La Libertad" de La Plata (26 de abril), "El Porvenir Intelectual", de Octavio C. Battolla (10 de julio), "El Correo Literario" de Norberto Estrada (12 de julio) y "La Idea", de Rosario (15 de julio).

(26) El otro medio fueron los centros de París y de Madrid, con sus posibilidades de relación humana inmediata y las editoriales que desde ellos (Bouret, Garnier, etc.) cubrían con su sistema de distribución toda América Latina.

(27) La única excepción la constituyó Manuel Ugarte que, desmedidamente molesto por algunas corteses objeciones de Rodó en su artículo "Una nueva antología americana" le cobró una inquina al uruguayo que le llevó a decir que "la obra de Rodó consistía de folletos cuyo sentido variaba al compás de los cambios presidenciales", una incriminación, en verdad, absolutamente inepta.

(28) "El Nuevo Ariel", en "Ariel", de Buenos Aires, año I, nº 1, 1914.